



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

ORFEO

Al señor Indalecio S. Figueroa

Orfeo

Campo de Maratón. En el Oriente, un perfil de montañas azuladas. El cielo va vistiéndose de nubes, y de vez en cuando, el relámpago lanza su jabalina candente por el horizonte. Una columna, elevándose con sutileza aérea, sostiene un trofeo. Más abajo una épica leyenda. En el friso, un relieve muestra a Cinegiros sepultando su gloria bajo la lápida de las olas. Hay jirones de estandartes agitándose al viento. Sobre la tumba de los caídos se amontonan los escudos formando dólmenes gigantescos bruñidos en bronce y en hierro. Orfeo surge en el seno de un lirio. Tras de él viene una gran escolta de palmeras y de ruiseñores.

ORFEO

El rayo truena entre el velo de la nube. La tempestad está próxima. Muy en breve, la lluvia desatará su cendal de gotas, que vendrá a confundirse con las lágrimas con que las madres regaron este suelo. ¡El eco de los truenos

no es más imponente que sus sollozos!

LOS RUISEÑORES

Nosotros, en los trinos, cantamos sus dolores

LAS PALMERAS

Nosotras en la noche rimamos sus clamores.

ORFEO

Pero las lágrimas de las madres son el óleo de la gloria. Cuando ellas caen sobre el túmulo, se estremecen las corazas bajo el manto de la tierra y, el corazón hecho polvo de los que yacen, reflorece. En el Sunion, una mujer, al estampar un beso en la boca de su hijo, le dio el hálito de la vida. Sobre el rostro de un muerto que sonreía he visto una constelación de gotas enrojeciéndose a la Aurora.

LAS PALMERAS

Nosotras los caídos cubrimos con un manto.

LOS RUISEÑORES

Nosotros sus proezas decimos en un canto.

ORFEO

Los laureles abren sus tirsos opulentos. Sobre la tierra húmeda brotan las margaritas. Y ellas forman el sudario que cubre a los que con el músculo encadenaron la Victoria. Aquí Arístides quebró su espada sobre el escudo del Polemarca; allí cien ciudadanos murieron aplastados por las ruedas de los carros. Sus cien esposas tendieron sobre ellos sus velos y se hirieron en los pechos, para dormir junto a sus cenizas el sueño de una eterna noche nupcial.

LOS RUISEÑORES

Las vimos desflorando el seno nacarino.

LAS PALMERAS

Y bajo nuestros gajos cumplieron su destino.

ORFEO

En el mármol de la columna está grabada la leyenda de la batalla, grata a los Dioses. Allí, dice que los vencidos huyeron con la noche del espanto en el alma; aquí, cuenta que Milcíades encadenó los Tetrarcas a las ruedas

de su carro. La púrpura de sus mantos tomó el color del fango y sus miembros se quebraron en crujimientos horribles.

LOS RUISEÑORES

Los grajos celebraron festín de sus despojos

LAS PALMERAS

La hiel de la derrota brotaba de sus ojos.

ORFEO

Las barbas imponentes de los viejos guerreros brillaron en el combate teñidas en púrpura. Sus corazas estaban rojas como sus rostros, como sus ojos. Los que vivieron cuentan que murieron entonando el himno de la patria, con la voz extraña de los que muertos no mueren.

LOS RUISEÑORES

Oímos sus palabras vibrando en la agonía

LAS PALMERAS

El eco las repite en vaga melodía.

ORFEO

En la hora en que los luceros miran tímidamente desde el obscuro azul, sus sombras renuevan la batalla y se oyen relinchos y gemidos, voceos y tropeles.

LAS PALMERAS

Agítanse las lanzas y brillan las espadas

LOS RUISEÑORES

Y cruza la saeta silbando, envenenada.

ORFEO

El relámpago dispersa las auras. Entre la sombra de la tempestad, la batalla va a renovarse. Los carros del Polemarca ya se perciben claramente. Arístides va en su contra, descendiendo a toda carrera de la altura. Los corazones de los espectros se entrecierran en las purpurinas flores de la Muerte.

LOS RUISEÑORES

Y luce real emblema pendiente de la lanza

LAS PALMERAS

Estallan cien mil labios en gritos de venganza.

ORFEO

El viejo Trueno ruge fieramente. Mi cabellera se revuelca entre el viento,
y mi lira tiene sus cuerdas cubiertas de gotas. Voime a adorar a Afrodita
en el seno de una estrella.

LOS RUISEÑORES

Se chocan los escudos y brillan las espadas,
Y rojas se entreabren las carnes laceradas.

LAS PALMERAS

Y el rayo se desata en un turbión candente
Que rasga nuestros gajos y hiere nuestra frente,

LOS RUISEÑORES

Y nuestras voces callan las frases de ternura

ORFEO (desde una constelación)

La sombra es de la tierra: la luz es de la altura.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo